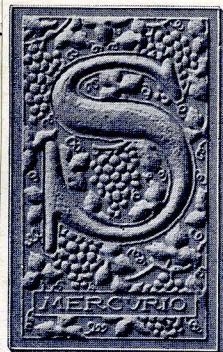


PEPACHU



4-135

("Mercurio", New Orleans, E. U. de América, septiembre 1915).



E hablaba en casa del pececito de río que en mi tierra se llama escallu y en castellano bermejuela y alguien hubo de decir: "Si, solían traerlo a casa-Pepachu." Oír este nombre de Pepachu, que hacía años, muchos años que no oía, y sentir como un repliegue de mi espíritu hacia dentro de sí mismo, como una sumersión en las simas de mi memoria confinantes ya en el olvido, fué todo uno. Una sensación extraña que me duró largo rato y cuya repercusión me queda.

Pepachu fue una criada que sirvió durante algún tiempo en casa de mis padres y que continuó luego en relaciones con mi familia. Pero es el caso que de ella no recuerdo, o más bien creo no recordar más que el nombre. No recuerdo si era alta o baja, gorda o flaca, morena o rubia, ni la edad que tenía, ni su humor, ni si tenía o no familia, ni donde vivía, ni de donde era, ni nada que hubiese dicho o hecho. No recuerdo de ella más que el nombre, el nombre pelado. Es como el recuerdo de un recuerdo, pero ese nombre venía envuelto—lo sentí al oírlo pronunciar al cabo de treinta años—en vibración extraña; traía como un ambiente o nimbo de profundidades tenebrosas de mi niñez, de mi pasado. Parecía que lo sacaran de repente del fondo de un silo cerrado durante muchos años y trayendo frescor tenebrosos de él.

Al oír Pepachu se me revolió todo el poso de las muertas memorias de mi brumosa niñez. Fué como si mis impresiones y experiencias de los cinco años, que aún a los ocho recordaría, se agitasen en el fondo del olvido en que yacen tal vez esperando una conmoción espiritual para resurgir.

No os ha ocurrido perseguir un remoto recuerdo, concentrar violentamente la atención para ver si lograis suscitar una antigua memoria muerta? "Por más esfuerzos que hago, no logro recordarlo"—me decía con pena un sujeto que a sus cinco años había sido testigo de vista de cierto suceso trágico que llegó a ser histórico y de hondo y largo alcance, y sucede además, nadie lo ignora, que de ciertos hechos que presenciamos siendo muy niños acabamos por confundir su recuerdo vivo, inmediato, y lo que de ello hemos oído contar después a los demás testigos, a nuestros padres acaso.

He oído contar de un hombre que salió de su pueblo y casa natal antes de los seis años y volviendo a él cuando ya era más que maduro de edad se sintió de pronto sobrecojido de una extraña impresión, de un terror supersticioso, al entrar en una estancia. No supo explicar lo que le pasaba. Y entonces le dijeron que allí mismo, y tal como estaba el cuarto, había visto, siendo muy niño matar a su padre, de lo que nunca habían querido hablarle claramente.

Esas impresiones que están entre el olvido y la memoria, esas que yacen en el fondo de esta, enterradas, alguna vez se agitan. Y hay palabras que suenan de un modo religioso a vuestros oídos como algo de otro mundo, tal vez por que las oísteis pronunciar, siendo muy niños, cuando no las entendiais, de un modo solemne o amenazador. O porqué cuando yo andaba a la escuela primaria allá a mis ocho años, la palabra *nefando*, leída en un librito de lectura para los niños, me producía algo como un sobrecojimiento y hoy mismo *nefando* sigue siendo algo misterioso para mí. ¿No habeis notado el efecto que produce oír una vieja melodía, que se oyó y se supo de memoria en la primera niñez y se olvidó luego y de pronto, al correr de los años, resucita?

Y hay más aún. ¿Quien nos dice que no nacemos con un

O. C. Torres

10

caudal de impresiones heredadas, yacentes en ese fondo vivo del olvido? "¡Si, las ideas muertas!" exclamareis. ¡No, las ideas innatas, no! ¡Ideas, no! ¡conceptos, no! Impresiones, sensaciones concretas, sentimientos si quereis. El reflejo de una impresión, no de una idea, de un acto, de un suceso que



se grabó hondamente en el ánimo de nuestro padre, de uno cualquiera de nuestros antepasados. ¡Idea, no! ¡concepto, no! No que heredamos la idea de sustancia o la de causa o la de materia o la de número o la de Dios, si no que al vernos ante el mar o una montaña o una cascada o un jabalí se nos semeja la impresión concreta o las impresiones que esos objetos dejaron en las almas de nuestros progenitores que las recibieron antes. Y las impresiones concretas, localizadas en lugar y en tiempo.

Un día a vuestro padre le sobrecogió una tormenta de noche, en medio de un monte y solo y empezó a tronar y cayó junto a él un rayo que partió un roble y le mató la caballería dejándole a él medio atontado y despues de eso os engendró. Y un día os sorprende a vosotros una tormenta así y veis el rayo y a su efecto inmediato, directo, sobre vosotros, no podrá unirse el recuerdo, la repercusión si quereis, de aquella impresión paterna, impresión, no idea, por vosotros heredada y guardada en el tesoro de los olvidos? No ideas, no, sinó realidades innatas y heredadas, como la carne que reviste a nuestro espíritu.

Si ideas innatas me parece un absurdo, no así impresiones innatas, una idea es algo conciente y lo conciente no es innato. Pero una impresión no llega a conciencia hasta que no se hace expresión, hasta que uno no se la expresa a sí mismo por lo menos.

Todo esto parecerá fantástico, ya lo sé, y de una psicología arbitraria, pero a ello me ha llevado los ejercicios espirituales de evocación de mi más remota niñez a que a las veces me dedico. Y es un ejercicio, os lo aseguro, terrible. Es como si uno para ver mejor en la oscuridad de su cuarto a media noche se pusiera las gafas, o acaso cojiese un catalejo para observar en noche sin luna y nublada la lontanaza. Pero de pronto un relámpago, tal vez una fostorescencia ilumina por un momento el campo de vuestra tenebrosa visión. Así una palabra relámpago, que viniendo de las profundidades de vuestro pasado ilumina y casi deslumbra de repente los fondos de vuestra memoria.

Al cabo de muchos años al pasar por un sitio por donde pasabamos en nuestra niñez parece que nos encontramos con nosotros mismos tales cuales eramos entonces, nuestro yo de hoy siente, junto a sí, dentro de sí, más bien sobre sí, a nuestro yo, de antaño. Es como si se sintiera la presencia de alguien a la espalda, sin verle.

Cada uno de nosotros lleva dentro de sí los que ha sido, sus yos sucesivos, y de pronto se agita y revuelve uno de ellos, al conjuro mágico de la más leve evocación, y así al oír ese nombre de Pepachu sentí que se me revolvía el niño sin decirme nada y sin saber yo como era. Lo mismo, casi, que una mujer encinta que está para ser madre siente que se le revuelve en el seno el hijo, sin saber si es hijo o hija ni como es ni que será.

Hace unos días leyendo un libro procedente de la librería de mi casa materna y que no habia leído antes encontré entre sus páginas una cuartilla mía, escrita hace más de veinticinco años y que no sé como dejara allí. Formaba parte de un cuento o novela corta o cosa así. Y no pude recordar de qué cuento, ni qué le precediera ni qué le siguiese. Me supo a algo extraño, a algo de otro. Y como cosa extraña también, como cosa de otro, como algo que se refiriese a un extraño y por un extraño escrito leí un relato que hace más de veinticinco años también escribí de una mañana de San Juan que pasé con unos amigos y amigas en un caserio cercano a Guernica. Y veinticinco años cuando se tiene otros veinticinco más de edad no es mucha cosa. Pero y el sentir que se despierta el yo de hace cuarenta y cinco años lo menos. ¡Así al oír Pepachu!

Este nombre Pepachu fué como una palabra relámpago que iluminara un instante, tan rápido que no pude cojer impresión definida, mi Bilbao de antes del 70, aquel que es en el olvido el cimiento de mis recuerdos todos. Ese Bilbao que es, además, para mí, no una idea, pero sí una impresión innata, una impresión heredada.

11 ad

Miguel de Unamuno